

EL CINE LATINOAMERICANO DEL SIGLO XXI. TENDENCIAS Y TRATAMIENTOS (2020)

Ricardo Bedoya. Fondo Editorial de la Universidad de Lima.

doi: <https://doi.org/10.26439/en.lineas.generales2022.n007.5934>

José Carlos Cabrejo
Universidad de Lima

Hay algunos factores esenciales para reflexionar sobre lo que ha pasado y sigue ocurriendo en el cine latinoamericano en este siglo. Uno de ellos es el digital. El abaratamiento de la tecnología ha contribuido en la región a una explosión de películas diversas tanto en sus modos de producción como en sus estilos, lo que de por sí es notorio con solo darle una mirada al cine en nuestro país: largometrajes autogestionados, creados por productoras que logran enganchar con el “gran público” o que pueden alumbrarse gracias a concursos. Cintas que manejan, sea en la capital o lejos de ella, desde una fiel aplicación de las fórmulas de los géneros hasta recursos expresivos de carácter más autoral.

Ello ya había sido explorado por Ricardo Bedoya en un libro anterior, *El cine peruano en tiempos digitales*, lanzado a mediados de la década pasada. Lo que hallamos en *El cine latinoamericano del siglo XXI. Tendencias y tratamientos* es una exploración aún más ambiciosa, que recorre el cine hecho en la actual centuria en diversos países de la región, como Argentina, Brasil, México, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay o Uruguay, sin dejar de lado, por supuesto, una aproximación al cine peruano. Nombres de realizadores como Óscar Catacora o Mary Jiménez aparecen al lado de cineastas como Lucrecia Martel, Carlos Reygadas, Kiro Russo o João Moreira Salles. Del mismo modo, hay espacio para directores que han trabajado un cine de corte más comercial, como Juan José Campanella, y para viejas leyendas que tuvieron más que ofrecer en este siglo, como los chilenos Patricio Guzmán y Alejandro Jodorowsky.

Son más de doscientas películas las que este libro recorre, en alrededor de quinientas páginas. Está dividido en cinco capítulos. El primero se centra en los discursos del yo al interior del cine de no ficción, lo que nos sumerge, por supuesto, en una sensibilidad global, a la luz de algunas películas realizadas en el periodo en el que se enmarca el libro, por cineastas como el francés Alain Cavalier o la japonesa Naomi Kawase. Directores latinoamericanos como Andrés Di Tella o Yulene Olaizola son abordados.

El segundo capítulo gira alrededor de las nuevas temporalidades; allí, la mención de directores como Lisandro Alonso o Paz Encina nos lleva a largometrajes en los que se imponen la dilatación del encuadre, los tiempos muertos y la estética de orientación

sustractiva. Por su parte, el tercer capítulo se enfoca en lo que Bedoya denomina *dispositivos*, por lo que se acerca a directores cuya obra se caracteriza por una disciplina en la aplicación de reglas o restricciones que distinguen su puesta en escena de aquellas que identificamos en el cine que impera comercialmente. Algunos cineastas estelares como Eduardo Coutinho o la dupla de Juan Pablo Rebella y Pablo Stoll son objeto de atención.

El capítulo cuarto se centra en las relecturas genéricas, lo que lleva a la reflexión acerca de cómo, por ejemplo, un cineasta como Alfonso Cuarón juega con los elementos propios del melodrama en *Roma* (2018) o de qué manera Mariano Llinás emplea recursos metaficciones para revalorar la palabra en el marco de géneros que pueden cruzar tanto la literatura de Edgar Allan Poe y de Jorge Luis Borges como el cine de Jacques Tourneur o el de Edgar G. Ulmer, lo que es notorio en su película de casi catorce horas llamada *La flor* (2018). Finalmente, el quinto capítulo tiene como eje los tratamientos singulares del espacio, lo que lleva al autor a retomar a directores mencionados en capítulos anteriores así como a referirse a otros. Bedoya reconoce espacios en ruinas, desolados, en contacto con cuerpos liminales, que hablan de la historia, que juegan con el sonido, laborales, alegóricos, de fábula, sórdidos o articulados con la memoria, la quietud y la deriva.

Una forma de apreciar *El cine latinoamericano del siglo XXI* es por sus dimensiones cuantitativas y cualitativas. La enorme cantidad de directores y películas que se abordan en el libro no solo implica hallar una revisión de las tendencias y estilos de obras que ya hemos visto, sino también una invitación a descubrir realizadores y títulos que de pronto estaban lejos de nuestro radar. Si hay algo que se trasluce en la escritura del libro, más allá de sus formalidades académicas, es un entusiasmo por abarcar la mayor cantidad posible de filmes latinoamericanos, para colocarnos así ante cineastas que pueden gustarnos mucho o poco, pero que algo de singular o interesante nos ofrecen, razón por la cual sus filmografías o sus formas de realización merecen una revisión detallada.

Y ese entusiasmo por abarcar mucho se complementa con el gusto no solo de hacer una clasificación como la descrita en la revisión de los capítulos del libro, sino de hacer, además, múltiples subclasificaciones que ayudan a comprender cada uno de los casos que se exploran, descritos con una prosa minuciosa que permite reconocer sus cruces y desvíos. Es un libro hecho con conocimiento y rigor, lo que no se contradice en lo absoluto con el hecho de que el libro esté escrito como un acto de desbordante cinefilia.

Si algo ha caracterizado regularmente a los libros de Ricardo Bedoya es el interés por el Perú, sea por su propia cinematografía o por cómo es visto por el cine realizado en otros países, tal como se puede apreciar en *El Perú imaginado. Representaciones de un país en el cine internacional* (2017). Una publicación como *El cine latinoamericano del siglo XXI* nos deja a la expectativa de lo que el autor nos pueda seguir ofreciendo, sea sobre el cine peruano o sobre las películas realizadas en territorios distantes.